

# CONEXIÓN Helsinki





# CONEXIÓN Helsinki

**Pedro M. Domene**

algaida



© Pedro M. Domene, 2009  
© Algaida Editores, 2009  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-299-9  
Depósito legal: M-42.985-2009  
Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para María Ángeles que tanto ama la  
Naturaleza.*

*Para Aída y Paula que disfrutaron cuando  
vieron, por primera vez, a Santa Claus.*

*Para Lourdes y Mari, compañeras en la  
aventura finlandesa.*



*Ya está el camino señalado,  
se abre una nueva senda  
ante cantores más ilustres,  
bardos más ricos en canciones  
entre los jóvenes que crecen,  
entre la estirpe adolescente.*

ELÍAS LÖNNROT, *El Kalevala*

*Los bosques negros  
se estremecen.  
Congelan las cortinas  
de la aurora boreal.*

ARVO TURTIAINEN (1904-1980)



## Principio

*No existen tierras extrañas. Es el viajero  
el único que es extraño.*

ROBERT LOUIS STEVENSON (1850-1896)

**U**NA FRASE NO PUEDE DETERMINAR LA VIDA DE una persona, ni condicionar su futuro y, aún menos, convertirse en una meditación trascendental si se trata de un adolescente. La frase en cuestión, anotada en el margen de unos de mis cuadernos de Segundo de Bachillerato, era la siguiente: «*La vida es una suerte de incertidumbres*». La pronunció mi padre el mismo día en que nos dijo adiós: a mi madre y a mí. Aunque la verdad es que, la dichosa *frasescita* supuso, algunos meses más tarde, el encuentro definitivo con una realidad a la que yo había dado esquinazo durante ese proceso que los psicólogos denominan «una compleja adolescencia». No sabía entonces muy bien cuánto de verdad o de mentira implicaba el término, pero con el tiempo he averiguado que presupone abundantes dosis de idiotez aunque por aquella época, como cabría esperar, ni me enteraba de ello.

Todo empezó porque un buen día él decidió largarse o quizá, más suavemente expresado, abandonarnos. Supe después que, poco antes, se habían

puesto de acuerdo para iniciar esos trámites legales que, según la ley vigente, desembocan en un divorcio. A mi padre siempre le había resultado todo tan fácil y experimentaba tanta placidez en el abandono de las cosas que, incluso en esa ocasión, dejó todo el asunto en las manos de su eficaz esposa, como él solía calificarla. Y tampoco dudó después en embarcarse en lo que trató de justificar, ante mí y sin una argumentación creíble o acaso una explicación convincente, como la deseada materialización de la aventura de una juventud frustrada. Aquélla —insistió— que no había realizado veinte años atrás y ahora se materializaba, pese a su edad, en un lectorado de español en el extranjero. Y, un aspecto aún más interesante que añadir a esta nueva oportunidad, vivir cerca de una de las sedes importantes de la organización ecologista Greenpeace.

Tras la sucinta explicación se produjo un silencio sostenido y advirtió en mí ese tipo de expresión que, al menos, denota un cincuenta por ciento de asombro y otro tanto de rostro de indignación. Y sin mediar palabra alguna, puso fin a «su» justificación. También yo callé en aquel momento porque me había vencido con su vasta elocuencia, aunque sonaba tan vehemente como absurda. Solo añadió que el país elegido era Finlandia y la universidad, de nombre tan extraño como el destino, contaba con un pequeño departamento de español porque unos atrevidos alumnos volvían a matricularse, un año más, en la lengua por

excelencia hablada a orillas del maravilloso Mediterráneo.

—¿Un lejano lugar interesado en la lengua y la cultura españolas?, menuda cursilada —le contesté, elevando el tono de voz. ¡No podía creérmelo! Nuestro idioma debería resultarles tan raro como a mí el suyo. Tendría ocasión de averiguarlo cuando, pasada la tormenta y sin nada mejor que hacer, emprendí mi aventura nórdica.

El *suomi*, la lengua vernácula y ancestral, o finlandés antiguo, era un idioma del que nunca había oído hablar en mi vida. Hice acopio de valor —en serio—; me esforcé y conseguí alguna información, como es natural, vía Internet. Recordando ahora algunas de las palabras de mi padre, aquella decisión constituía su mayor reto hasta el momento. Y para asegurarlo, se había mostrado tan serio como contundente volviendo a los años de su juventud. Y añadía, una y otra vez, que una posibilidad como aquella no volvería a desaprovecharla ahora, liberado de algunas obligaciones familiares. Eso sí, había adornado todo el asunto argumentando algo que sonaba parecido a...

—¡Siempre y cuando tú estés de acuerdo! —me aseguró, aunque, la verdad, una sola vez.

Una autojustificación que lo excusaba de algunas de sus obligaciones, mientras trataba de explicarme, sin demostrar entusiasmo alguno, la situación real a que había llegado nuestra familia en los últimos meses.

Pero para entonces yo percibía en sus palabras que la decisión estaba tomada, incluso había iniciado los preparativos de su viaje sin tenerme para nada en cuenta.

Con el tiempo he olvidado en cuántos aspectos pude discrepar sobre los argumentos dados, en la soledad de mi habitación, pero recuerdo muy bien la opinión de mi madre en todo aquel asunto: no dijo nada. En realidad, para ser más concreto, llevaba meses sin opinar acerca de todas aquellas cosas que mi padre pudiera hacer o decidir en nuestra casa o lo relativo a nuestra familia. Habían llegado al final de un camino, hablando en una terminología de adultos, y ellos solitos acordaron el trámite de una separación amistosa. Sin traumas, como personas sensatas e inteligentes y, por supuesto, sin calcular lo que pudiera afectar al resto de la familia. Es decir, yo. Alguien que, bien mirado, formaba parte de sus decisiones. Pero tras muchas horas de conversaciones, en las que nunca estuve invitado para valorar sus determinaciones, se decantaron por disolver una sociedad que nunca había sido rentable y, de mutuo acuerdo, empezaron a repartir sus pertenencias entre las que, entre otras cosas materiales, se encontraba mi persona, naturalmente. «Le correspondí» a mi madre, como suele ocurrir en la mayoría de los casos de divorcio, y además nos quedábamos con la casa donde vivíamos. Las consecuencias resultaron poco atrayentes para mí.

La verdad es que, mirado con cierto despecho, cuando según ellos todo estaba resuelto y me comunicaron la sentencia judicial, les ofrecí a cambio, y por igual, la más deplorable sonrisa que nadie pueda imaginar, acompañada de una no menos muestra de ironía en la expresión de mi cara. Pronto quise sacar ventaja de todo el asunto y me convertí en un ser práctico: con alguien debía vivir y, por supuesto, en un lugar cómodo. Con mamá tenía asegurada la comida diaria, el lavado de la ropa, una cama limpia y hacer lo que me apeteciera siempre y cuando no la molestara en su trabajo. Era —afirmaba ella con resolución— una asalariada con muchos privilegios. Ocupaba una parte del día escribiendo para su periódico en nuestra casa, algunas tardes las pasaba en las oficinas del rotativo y la mayoría de las noches dividía su tiempo entre tomar copas con sus compañeros y cuidar de mí. Lo de cuidar de mí es exagerar porque, si tuviera que precisar la hora exacta de su vuelta cada noche, mi padre se hubiera escandalizado como siempre y, en circunstancias normales, habría esgrimido los argumentos suficientes para pedir mi custodia ante los tribunales. Pero él era lo bastante práctico como para no solicitar una sentencia a su favor, una solución poco válida en sus circunstancias, y aún menos para mí. Vista la situación no me apetecía ser moneda de cambio. Lo mejor, dejar las cosas como estaban. Me encontraba bien con la intimidad que me proporcio-

naban las cuatro paredes de mi habitación y tenía, por añadidura, el resto de la casa por donde deambular hasta que, cansado cada noche, decidía meterme en la cama seguro de que mi madre tampoco iba a pillarme, otro día, despierto, y evitaba la posibilidad de que me sermoneara acerca de las cuestiones más insignificantes: los estudios, la comida, el orden, mensajes recibidos... Cuando en ocasiones oía algún ruido de fondo, la encontraba preparando el desayuno; y sus argumentos, para justificar sus largas ausencias, se concretaban siempre en la maldita redacción que la retenía hasta altas horas de la madrugada, luego la copa de rigor que los pesados compañeros habían alargado más de lo deseado, conversaciones banales entre periodistas y el bla, bla, bla... Pero, eso sí, a partir de ese mismo momento, juraba comportarse como una madre normal —prometido—. Y entonces levantaba una mano, muy solemnemente, con cara de boba, como hacen los testigos en los telefilmes norteamericanos ante el jurado cuando van a declarar. Y repetía, una y otra vez, su firme decisión: que buena parte de su trabajo de redacción iba a hacerlo, en adelante, en casa, desde donde enviaría lo necesario para la edición del día. El resto de sus encargos, así se lo diría al redactor jefe, que se lo repartieran sus compañeros. Una solución momentánea y circunstancial —reproduzco sus palabras—. E insistía, una y otra vez, con una cara de circunstancias poco creíble.

—Mi hijo está en una edad difícil —argumentaría ante quien hiciera falta. Aunque por descontado, con esa decisión, no renunciaba a pasar de vez en cuando por el periódico para echar unas horas, siempre que la requiriese el redactor jefe y fuese necesario, terminaba sentenciando.

Con este razonamiento laboral, desde luego, podría atenderme en lo sucesivo, me alimentaría mejor y estaría a mi disposición para cualquier duda, ahora que estaba acabando el curso y me enfrentaba a una Selectividad que, de buenas a primeras y con un golpe de suerte, me llevaría a las puertas de la Universidad. Una vez iniciado el curso —continuaba en su razonamiento— podría volver a su rutina en el periódico, y el jefe lo entendería. Tan solo deberíamos dejar transcurrir el tiempo y todos saldríamos beneficiados. Eso sí, con la buena voluntad de los implicados: yo, ella, y su amado redactor jefe.

Los meses hasta el final de curso transcurrieron sin nada destacable y el resto de semanas hasta la Selectividad, tampoco se diferenciaron de lo anterior, así que deambulé por la casa como siempre había hecho, pasé un final de trimestre estresante y poco recomendable pero conseguí aprobar el dichoso examen que me convirtió en universitario. Tenía diecisiete años, las ideas poco claras sobre mi futuro próximo y, algo que me quitaba el sueño desde algún tiempo y lo único atractivo e interesante para encarar el resto del verano:

volver sobre la pista de mi padre que, desde hacía casi un año no había escrito o hablado por teléfono con nosotros o conmigo, al menos que yo supiera.

Mi madre no se sorprendía porque —según ella— era algo habitual en él desde que se habían conocido en su juventud. Yo no podía pensar que, tras una separación tan drástica o en tan poco tiempo, hubiera sido capaz de olvidarse de mi existencia. Las cuestiones relativas a las personalidades de mis padres se me antojaban lo suficientemente oscuras como para no indagar en ellas y mucho menos para airearlas aquí. Nunca llegué a comprender las razones verdaderas de su divorcio. Imagino que, como mucha gente en este país, se apuntarían a la moda.

En esos momentos aquella era una situación que yo recordaba haber vivido de lejos algunos años antes, de una forma indirecta, en la piel de mi mejor amiga, Sara, una persona que desde entonces había dejado de ser la misma.

## Capítulo I

**T**ENÍA UN LARGO VERANO POR DELANTE, NINGUNAS ganas de trasladarme a la casa de la playa, a donde mi madre acudía muy de tarde en tarde, menos alicientes como para intentar algo interesante con mis amigos y, lo más duro de todo: no podía contar con Sara, porque había decidido viajar a Santa Cruz de Tenerife, lugar elegido por su padre para vivir desde que dejara a su madre, para intentar reconciliarse con él.

—«El primer punto señalado a ciegas en un mapa y lo más alejado de la Península cuando decidieron poner fin a su matrimonio» —me había repetido Sara, en un estado de falsa euforia comprensiva, poco antes de la crisis de nuestra propia relación.

No compartía su indulgente visión de las cosas, aunque me resignaba a su estado de ánimo.

—Perfecto para «emprender una nueva vida» —ironizaba, con cierta presunción, y parafraseaba las palabras textuales de su padre.

Este tratamiento de choque parecía común en todos los separados porque a mi padre se le había ocurrido algo parecido, aunque él había optado por largarse aún más lejos. Su nueva vida consistiría, en primer lugar, en volver veinte años atrás, a su época de estudiante, verse envuelto entre jóvenes interesados por sus clases, tratar de estudiar y comprender el endiablado idioma del que me había hablado en sus explicaciones innecesarias. Y la segunda opción, aún más apetecible, en viajar y colaborar con sus compañeros de organización por todos los países nórdicos. Pero lo mejor de todo, sentir los atardeceres finlandeses y aprovechar las largas noches de verano desde la terraza de una idílica cabaña de madera.

A la semana de deambular todo el día por casa, de dirigirme del sofá a la cama, desde el mismo lugar a cualquier otro rincón, sin interés alguno por nada: de oír mucha música, incluso de leer algunas cosas atrasadas (la lectura era uno de los pocos vicios heredados de mi padre) o, simplemente estar sobando, mientras observaba las musarañas del techo, me cansé. Entonces, en un alarde de imaginación, le sugerí a mi madre la posibilidad de conectar con su ex marido, proponerle una posible *tourné* de su vástago y largarme a ese extraño país para hacerle una visita de cortesía.

—¿No ha llegado ninguna carta para mí o cualquier otra notificación de su paradero en los últimos

meses con una dirección? —pregunté con algo de sarcasmo, mirándola fijamente y esperando una respuesta creíble al respecto.

Su reacción no pudo ser más deplorable y en su rostro percibí una clara mueca de dolor.

—¿Acaso crees que yo escondo las cartas que tu padre pueda escribirte? —se defendió ante un ataque tan directo como el que le estaba propinando.

Comprendí enseguida mi salida de tono. Dudé en seguir por ese camino, pero algo me decía que debía ir en busca de mi padre o, al menos, intentarlo. Mi madre continuó aclarándome ciertos aspectos de nuestro pasado sobre los que nunca me había hablado.

—Indiscutiblemente tu padre se preocupa hoy tanto por ti como desde el día en que naciste. Madura de una vez y reconoce que sus intereses estaban entonces en otros frentes: sus clases, los problemas académicos y... lo relativo a las piernas de sus alumnas... —dejó caer, de nuevo, en su defensa.

Un nuevo golpe bajo que tenía que encajar sin poder argumentar nada en contra.

—¿Comprendes ahora que ya eres mayor cuál era su actitud ante todo? —insistía, elevando el tono de su voz—. Porque lo relacionado con su hijo me lo dejaba a mí, que soy tu madre y, según él, debía saber mejor que nadie cómo educar a un niño —dijo para terminar.

No quise insistir porque intuí en sus palabras evidentes signos de reproches contenidos durante años, aún más agudizados tras su separación. Mi madre no estaba pasando una buena racha, ni emocional ni profesionalmente. Según ella se le habían acumulado demasiadas cosas y las personas tienen la necesidad de que alguien les tienda una mano amiga, sobre todo cuando se cae en picado y se vislumbra que el horizonte no ofrece ninguna posibilidad de salir adelante. Solo entonces me di cuenta: no había estado fino en aquella ocasión, hice ataques directos y malvados contra ella.

La vida es el arte de sacar conclusiones precipitadas y no preguntar si se hace daño. No supe a quién culpar de la situación que vivíamos en aquellos momentos, pero lo que sí tenía muy claro es que no iba a indagar en los errores cometidos por mis padres para descubrir la verdad. Quise asegurarme de no realizar el número razonable de equivocaciones que me llevaran a su misma situación y dicho esto por un adolescente, tenía entonces, al menos, las ventajas de un arrepentimiento sin un efecto retroactivo.

—Estas circunstancias familiares imprimen carácter—recordé que había asegurado Sara más de una vez en algunas de nuestras conversaciones trascendentales—. Incluso en adolescentes como nosotros, pero las tuyas se habían ido transformando con el tiempo y, durante todo el proceso legal de la separa-

ción de sus padres, necesitó ayuda especializada. Cuando llegó la hora de despedirnos, algunas horas antes de su viaje, mientras yo retenía sus manos entre las mías, ella me miraba con una extraña tristeza en la expresión de su cara, no me aseguró que a su vuelta pudiéramos seguir viéndonos porque su «puñetera vida» —me confió, con mucha amargura—, había cambiado por completo.

Los días posteriores a su marcha los pasé en esa especie de enajenación a que te sometes tras un verdadero fracaso amoroso y decidí no amargarme por la decisión precipitada de mi amiga. Inicé mis pesquisas, recuperé la dirección de la Universidad finlandesa, el único dato que conservaba de las pistas de mi padre, y algún que otro detalle de la geografía del país nórdico. Acumulé las notas que me pudieran servir para dar con el paradero de un perdido e hice planes de auténtico aventurero.

—¿Qué te parece si me sacas un billete de avión hasta Helsinki como un merecido premio por mi próxima entrada en la Universidad? —dejé caer un día que el sol apuntaba muy alto y no había nubarrones en el horizonte—. Me doy una vuelta por donde está papá y convivimos algunas semanas; y de paso te dejo a tus anchas —le dije, mirándola a los ojos, con esa ternura de hijo que solo las madres saben entender—. Trabajas tranquila, sin necesidad de horarios, recuperas algo de tu ego, puedes volver a tomar copas con tu jefe y

descansas, sobre todo de mí —insistí, sin darme cuenta de lo que, realmente, había dicho.

Esas dos últimas frases no debí pronunciarlas nunca, porque en su cara noté el dolor que le produjeron las tonterías seguidas que acababa de oír. Enseguida se sobrepuso y me prometió que se lo iba a pensar. Y por el aplomo vertido en sus palabras estaba seguro de que hablaba en serio y lo sopesaría porque —además en su opinión— ya era hora de que me buscara la vida. Me metería en un avión, con un destino y, con algo de suerte, llegaría hasta las puertas de esa cabaña que —según mi padre— se había convertido en la ilusión de su vida: lejos del bullicio, sin vecinos chismosos, disfrutando del entorno, con mucho tiempo para preparar sus clases diarias y, por añadidura, empapándose, como naturalista que era, de la inmensidad de los bosques finlandeses.

—Definitivamente, me lo voy a pensar —aseguró mi madre. Y no tardaría en comunicarme su decisión. Me instó a que empezara mis averiguaciones y cuando lo tuviera todo preparado, si le convencían los resultados obtenidos, iríamos a la agencia de viajes y compraríamos el billete.

Los días que invertí en dar con el paradero de mi padre transcurrieron con esa vertiginosa emoción que conlleva una ocupación casi detectivesca y en la que apenas te das cuenta de cómo pasa el tiempo. Conseguí reunir bastante documentación y para que

se convirtiese en un auténtico proyecto, abrí una carpeta y bauticé mi viaje como «Conexión Helsinki». A Sara, que según me aseguraba en nuestras conversaciones por *messenger*, empezaba a aburrirse en la isla, ya le había comunicado mi decisión de viajar a Finlandia y pasar allí unas semanas, el tiempo necesario para zanjar ciertos asuntos con mi padre, a quien imaginaba algo descreído de su familia durante el último año pero, lo más importante, reprocharle cara a cara haber renegado de mí en tan poco tiempo. Una actitud con la que no estaba de acuerdo, porque otra cuestión era su relación con mi madre, acabada para siempre —según manifestaba ella cuando hablábamos del asunto—. Pero no con un hijo adolescente a quien, al menos, le debía algo de respeto y de atención. En algún libro había leído que lo mejor que se puede otorgar a los hijos, además de buenos hábitos y consejos, son buenos recuerdos. Y lo cierto es que yo no los tenía o, al menos, no los recordaba en aquellos momentos.

La constatación de estar frente a frente en el corto espacio de unas semanas ya aliviaba buena parte de las muchas incertidumbres acumuladas con respecto a esta separación de mis padres de la que, por cierto, ni siquiera me había enterado cuándo había sido legalizada oficialmente. Tampoco es que importara mucho, pero uno empezaba ya a tener algunos principios.